

# PI DE LA SERRA

**P**i de la Serra es un cantante-autor que ya ha fijado una imagen pública de sí mismo. Quico es ese personaje que viste de oscuro, tiene los rasgos físicos apacibles de alcalde francés del Midi (heredero espiritual de Herriot) y que cuando abre la boca se convierte en ultraísta literario y civil. El público adicto de Pi de la Serra conoce su juego, y en cuanto aparece, ya sonríe socarronamente y mira a derecha e izquierda en previsión de la sorpresa de los novatos. «No os fieis de esa apariencia de "gourmet" socarrón. Ya veréis, ya».

La Nova Cançó ya no existe, no es un secreto, pero no ha muerto, sino que se ha sucedido a sí misma. Es decir, la Nova Cançó es hoy día otra cosa, diversificada y operativa sobre distintos planos de comunicación. Serrat es un cantante de masas, sea en catalán o en castellano, con todos los inconvenientes y las ventajas de este condicionamiento. María del Mar Bonet o Barbat son cantantes, de momento, minoritarios, con una temática muy poco previsible y un tanto contrarios a autoencasillarse en una determinada corriente de la canción: van del intimismo más agudo a la canción protesta, aunque el núcleo fundamental de su producción gira en torno a una «poesía de la propia experiencia», con mayor o menor grado de comunicabilidad. Guillermina Motta se ha lanzado decididamente por la línea de la canción popular, pero procurando una cierta distanciamiento crítica, sea en la elección de las canciones, sea introduciendo este propósito mediante la interpretación. Llach es quizá el cantante que más participa de varios modelos, y en él se perciben rasgos «raimonianos» o «pidelaserrinos» y ras-

gos «barbatianos». Llach no ha escogido la unidimensión de la protesta, pero casi.

Raimon, Pi de la Serra y Ovidi Montllor sí han escogido la protesta como unidimensión. Hacen clara y sencillamente: canción política. Incluso cuando Pi de la Serra nos cuenta sus trastornos emotivos personales, los sitúa en un contexto civil. Lógicamente, estos tres cantantes son los que más difícil tienen el contacto con el público, y por eso cada una de sus reapariciones es como un encuentro en las catacumbas, fugaz y condicionado, tremendamente condicionado, por el peso de las circunstancias.

Recientemente, Montllor cantó en Barcelona su último repertorio crítico, con su socarronería «naïf», y el público no sólo aplaudió frenéticamente a un cantante-autor, sino también a un estimulante símbolo civil. Con Raimon y Pi de la Serra ocurre otro tanto. Ahora, la presencia de Pi de la Serra durante una semana en el escenario del teatro Capsa,

a recital diario y dos los días festivos, ha vuelto a ser el reencuentro en las catacumbas. Pi de la Serra emplea eficaces «tics» para recordarlo al público, sea en la presentación de la canción, sea en la propia letra. Por otra parte, Pi de la Serra tiene siempre el lenguaje extra de su guitarra, muchas veces más agresiva y escandalosa que los textos de las canciones. Esa guitarra de Pi de la Serra ametralla la realidad con una eficacia extraordinaria.

Pi de la Serra ha cantado viejas y nuevas canciones y nos ha dado un muestreo de sus constantes expresivas: por una parte, letras distorsionadas que, en su distorsión, testimonian la comunicación frustrada «por las circunstancias»; por otra parte, letras que hablan de esa frustración personal y colectiva palpable, frustraciónalzada de pronto como una rabiosa afirmación gracias al concurso del acompañamiento musical; por otra, las canciones de crítica directa,

dentro de los niveles de permisibilidad presupuestos; finalmente, un Pi de la Serra enamorado del «jazz», un excelente asimilador del «jazz» que cada vez lo incorpora más y mejor a su propio lenguaje cantado.

El público se queda con estos cuatro niveles, aunque sabe que su presencia en el teatro tiene más que ver con la comunión de los santos que con la resurrección de la carne. El papel simbólico-civil que han asumido Raimon, Pi de la Serra o Montllor es inseparable de lo que cantan, de cómo lo cantan y para qué lo cantan. Eso lo tienen tanto en cuenta los que se aplican a dosificar al máximo sus actuaciones, como los que tratan de sacarles el jugo de la propia ratificación, de la solidaridad ideológica, de estar un rato acompañado por alguien que nos da la razón... Un rato de comunicación y compañía antes de volver al tajo y continuar esa incesante búsqueda de las puertas de las catacumbas. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.



## FIEL A SI MISMO